

**Susana Zanetti (coordinadora), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892–1916***

**Buenos Aires, Eudeba, 2004, 197 páginas.**

Una obra como la de Rubén Darío, que permanece aún dispersa, sin anotación exhaustiva y, sobre todo, escasamente datada, solicita –tal como Susana Zanetti afirma en las palabras iniciales de este libro– una labor que intente reparar tales carencias. Alrededor de ese proyecto, y del deseo de contribuir a allanar el camino para la edición de las obras completas del poeta, un equipo de investigación confeccionó el inventario, el ordenamiento y la revisión de sus crónicas en *La Nación*. Esto mismo es lo que puede leerse en *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892–1916* como imprescindible e inevitable colofón –ordenado por fechas y alfabéticamente– a un conjunto de artículos que desde diferentes ángulos ofrece el recorrido y los efectos de la escritura de Rubén Darío en la formación del campo literario hispanoamericano.

Si una idea resulta pertinente a la hora de hablar sobre esta conjunción de perspectivas es, precisamente, la convocada por la palabra “itinerario”: la misma designa tanto los desplazamientos temporales y/o espaciales del poeta con relación a su labor en el ámbito de *La Nación* –más de veinte años como colaborador–, en el largo y significativo peregrinaje de su escritura hacia el triunfo del modernismo. Ejemplar es, en este sentido, el artículo que abre el libro, “Itinerario de las crónicas de Darío en *La Nación*”, en el que Susana Zanetti potencia la noción de polos de religación, acuñada por Ángel Rama, al poner en escena las operaciones y estrategias de construcción de la “red” modernista, y las preocupaciones por la proyección de una literatura moderna hispanoamericana no sólo en el ámbito local sino continental. Zanetti lee de un modo minucioso e impecable las dimensiones y los alcances de ese entramado –conformado por diferentes formaciones culturales, centros geográficos y figuras que abarcan España y América–, las estrategias de posicionamiento y las actitudes en los centros donde Darío actúa, en confluencia con su producción poética. Todo ello sin dejar de atender, y de precisar, las sutiles variaciones genéricas y coyunturales que recorren las crónicas darianas, a la vez que se consideran los singulares efectos en que están moduladas, ya sea la recurrencia al humor y a la ironía, ya sea los modos de dirigirse al lector, o la acentuación de significados mediante la organización del párrafo.

Itinerario que testimonia la relevancia de un género menor hábilmente convertido por Darío en tribuna mayor de sus concepciones estéticas y en promotor de un liderazgo en el espacio de la literatura en lengua española, al tiempo que, tal como dice Zanetti, “se iba construyendo en imprescindible archivo (de sus gustos, sus lecturas, sus preocupaciones culturales y sociales) para la comprensión no sólo del poeta Darío, sino de una importante etapa de la literatura hispanoamericana”.

En este marco, el artículo de Beatriz Colombi –“En torno a *Los raros*. Darío y su campaña intelectual en Buenos Aires”– se detiene de manera detallada en la emergencia del protocampo intelectual literario en Buenos Aires a fines de siglo XIX; describe el modo en que a través de los lazos tendidos por Darío –continentales, nacionales y de otras áreas culturales– éste publicita una nueva literatura. Las crónicas que Darío publica en *La Nación* son destacadas no sólo como “confesiones de lectura”, sino como escenas de “asimilación desglosada y abierta al público”, esto es, como elementos estratégicos desde donde instalar la controversia estética –entre los cuales la autora no deja de anotar el particular valor de la bibliográfica–, como sitios de una beligerancia un tanto formal y gestual con que Darío apuntala de diversos modos a los nuevos, a “los joven América”. Contexto respecto al cual es leído *Los raros*, sobre todo a partir de sus contactos con textos y autores de otras áreas culturales: Colombi lo sitúa en el derrotero de un género “particularmente prolífico a finales del siglo XIX: las siluetas de escritores”; y analiza cada una de las pertinencias para distinguir, fundamentalmente, los contactos con dos modos de la biografía, aquella del detalle extravagante, tipo Schwob, y la del perfil heroico, al modo de Carlyle. A lo que agrega un análisis de la recepción crítica del texto, y una consecuente interpretación del pasaje de las crónicas al libro. Las conexiones entre la postulación de una estética intelectual aristocrática y la necesidad de un público son expuestas a través del modo en que el texto de Darío reformula presupuestos de lectura y circulación. “Las distintas lecturas de *Los raros* que hemos analizado hasta aquí permiten apreciar el momento de conformación de un protocampo intelectual, en el cual cada una de estas voces ocupa un flanco”, concluye Colombi.

También focalizado en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires encontramos el artículo “Rubén Darío: periodismo y enfermedad” de Carlos Battilana, en el que las crónicas darianas son abordadas como espacios heterogéneos de producción –y reformulación– abiertos a la contaminación y a la diversidad, en los que puede recuperarse tanto el relato de una transformación en la estructura social de algunas ciudades de América Latina, como su estrecha unión –una sutura, pero también un castigo– al cuerpo del poeta. Para Battilana Darío entiende su obligación de escribir periódicamente en términos de “enfermedad”:

“Estar atravesado por las huellas de una tensión discursiva, someterse a las leyes de una actividad febril, es situar ‘la carne y sangre nuestra’ en la lógica de una escritura bajo presión, enfermarse y domesticarse en una labor constante. Ya que ‘el enfermo es el diario’, entonces el escritor que trabaja en la redacción se halla contagiado por la ‘tarea penosa’ que propone el periodismo”. Pero, a la vez que indica una patología, señala el devenir de una estética, el modo en que la práctica literaria finisecular explota el repertorio expresivo y significativo de la sensibilidad nerviosa; así se destaca cómo “el mal de la época” es concebido por el imaginario modernista en términos artísticos. La marca diferencial de Darío –el estilo– abre una grieta entre periodismo y literatura diseñando una nueva topografía de la modernidad. Nuevas funciones, límites, tensiones y fracturas recorren con insistencia el espacio del diario. La crónica es una suerte de garantía mediadora con respecto al público desde la cual apostar la marca diferencial que es el estilo; Darío circunscribe, para Battilana, desde las crónicas en *La Nación* un espacio cultural que lejos de constituir un acto de referencia enuncia las condiciones de un sujeto que debe lidiar con su trabajo y por su competencia discursiva en el interior del mercado. Así, la producción periodística del poeta deviene un campo de reflexión de la preocupación de cómo enunciar y de qué cosa escribir en el interior de la modernidad. Poesía y periodismo son los emergentes de una escritura que, a la vez que cuestionan las formas de figuración finisecular, instauran en el caso de Darío un intercambio sumamente productivo.

Finalmente, los artículos de Mogillansky y Malosetti Costa completan –a modo de marco– este itinerario desde dos instancias diferentes –pero confluyentes– que enriquecen la perspectiva presentada en el volumen. En “Modernización literaria y renovación técnica: *La Nación* (1882–1909)” Gabriela Mogillansky relata las implicancias entre los cambios técnicos y los modos de escritura; y sus relaciones con los nuevos lectores, desde una perspectiva más amplia que aquella que concibe al diario exclusivamente destinado a la oligarquía y “como lugar de consagración de los escritores y artistas a través del mismo círculo”. Por el contrario, la autora sostiene que el eclecticismo cultural que definió a *La Nación* –sobre todo a partir del viraje que imprime la dirección de promoción cultural de Bartolomé Mitre y Vedia, entre 1882–1893– permitió, en momentos claves, la confrontación y el debate, y ayudó a la consolidación de un grupo de pares que se leían, se criticaban y debatían fuertemente sobre su función social. Así, el diario posee un lugar central en la renovación estética hispanoamericana en función de su rol modernizador en el fin de siglo. “La elección de colaboradores y las propuestas estéticas (fundamentalmente encarnadas en las figuras de José Martí y Rubén Darío) hacen de *La Nación*, en este período, el diario de mayor proyección continental, ‘el periódico más moderno y modernizador de la época’ según Julio Ramos, sobre todo en el ámbito de la alta cultura. Por otra parte conforma un grupo de pares que, con diversas modalidades, conviven en la defensa del intelectual y del artista”, escribe Mogillansky.

Por otra parte, en “¿Un Ruskin en Buenos Aires? Rubén Darío y el Salón del Ateneo, en 1895”, Laura Malosetti Costa se pregunta por el lugar de la historia de las artes plásticas en relación con la crítica literaria y el conjunto de los estudios culturales del medio; y lo hace a través de un grupo de críticas sobre el Salón de 1895 del Ateneo publicadas por Darío en *La Prensa*. Tomadas éstas por su valor de manifiesto, las mismas le permiten interrogar la particularidad de la mirada de Darío en torno al modernismo en las artes visuales, y, sobre todo, subrayar las relaciones que el poeta estableció con los pintores argentinos al tiempo que publicaba *Los raros* y *Prosas profanas*. Crónicas dirigidas a los mismos artistas, instancias de diálogo con los pares artistas, éstas hablan –desde la pretensión de marcar rumbos y preferencias– de una mirada imposible de desligar de aquella instaurada en *Los raros*. De allí el valor de manifiesto que Malosetti anota, de un manifiesto ecléctico y singular –el que corresponde a una voz nueva– imposible de adscribir en una u otra corriente estética.

Ciertamente, y para retomar el inicio de nuestro comentario, *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892–1916* resulta un libro de consulta obligatoria para todo aquel que se interese por la obra del escritor, en tanto el itinerario que nos ofrece se vuelve, a través de los artículos que lo componen y el imprescindible catálogo de las crónicas, volumen significativo para la comprensión de una escritura fundadora y fundamental en Hispanoamérica.

**Marcela Zanin**

